

Ernesto Sábato - www.jesusmateo.com

Hacia los murales de Jesús Mateo

ERNESTO SÁBATO

El viaje de ida fue tranquilo, prácticamente en silencio hicimos el camino que nos separaba de Alarcón. Avanzamos por Castilla La Mancha, con sus colinas y sus castillos; tierras que aún parecen recorridas por ejércitos moros, por ejércitos cristianos, para arriba para abajo, acechándose. También el inmortal andar de un hidalgo y su escudero.

A cada vuelta del camino un pueblo, una fortaleza, un convento, tan diferente de nuestra América donde el paisaje continúa más allá de lo imaginable para un europeo. Uno puede dormir noches enteras que lo hallará idéntico cuando amanezca; sin puertas, sin poder salir de él. Con ese dominio que la pampa, como la estepa, ejerce sobre quienes se atreven a adentrarse en semejantes soledades.

Ya cayendo la tarde llegamos a una parte en que el camino se había desmoronado; Mateo nos contó que debajo de ella estaban los antiguos baños, romanos o moros, no recuerdo bien, y que años antes los ingenieros no habían prestado atención a la advertencia de los viejos de la zona, que sí sabían del peligro.

Después, colgada a la abrupta ladera de una montaña, Alarcón aparece arriba, apretado entre peñascos, un pueblo de un color calizo casi uniforme, apenas un grupo de casas en torno a una calle. Allí, al fondo está la Iglesia, desacralizada, dicen, no sé, pero que indudablemente otorga a la obra de Jesús Mateo un recinto magnífico, preñado de silencio, de contemplación, de vacío. La entrada es imponente : en cada pared y en la bóveda sobre nosotros las pinturas son visiones sobre un escenario rico como la noche de los tiempos y todas sus criaturas; esqueleto de animal cósmico, sacado de un relato de Lovecraft que yace en la oscuridad del universo, descansando en la tarde española.

Fue pesebre e iglesia, un lugar cargado de almas que por años habían ido allí a dejar sus rezos o sus vacas. Es palpable este descansar de los hombres y

mujeres que se sentaban frente al misterio de la religión, o de los animales que eran guarnecidos cada noche al volver de los campos.

Bajo cada arco y bóveda, la estructura ordenada que sostenía aquello que ya no está, existe ahora en un lenguaje distinto que habita tras los arcos. Esos murales móviles y vivos, antiguos, atemporales de Jesús Mateo.

La Iglesia es cóncava, uno queda adentro, indefenso, rodeado por criaturas que conoce desde antes de nacer, quizá. La creación desde el caos, esa semilla desconocida e imaginada; unión de quien canta con el canto de la tierra.

Lo descomunal de la obra, su belleza parece excedernos y también a su creador, tan deslumbrado como nosotros por esos murales que parecen surgidos espontáneamente de algún rito alquímico.

El fervor y el ciego entusiasmo con que el pintor trabajó en su obra es palpable, sólo una renovada fe a través de los años puede explicar el abismo creativo en que Jesús Mateo se sumergió. Sí, una fe testaruda, fanática, capaz de sobrellevar el desolado descreimiento en las propias fuerzas, pudo dar lugar a la obra magnífica que hoy nos cubre y nos estremece.

Fue esa entrega la que permitió a Mateo encontrar el temblor de las formas y figuras que lo habitaban a él. Las fue encontrando de a poco. A veces pintando sin parar, en otras retirándose para dejar lugar, ocultando lo ya pintado y esperando, esperando por años el germinar de esos murales, entre la angustia, la soledad y el gozo. El coraje de rehacer, de tachar tanto esfuerzo en un fidelidad sin certezas, obedeciendo a intuiciones oscuras.

Bosco, Bruegel, della Francesca, Rouault, las deformaciones de Francis Bacon, Miró, pero también de los abstractos.

Los murales fueron pintados a puertas abiertas, fueron parte de la vida del pueblo. Su gente se fue acercando a ellas con sus cargas de miedos, de infortunios y modestas felicidades. También los niños fueron dejando sus impresiones. Recuerdo la nostalgia con que hablaba de las conversaciones nocturnas con el sereno del parador, la recolección de los caracoles y de hongos, las madrugadas en que volvía de pintar.

Lo imagino subido a los andamios, con sus ataques de vértigo.

Ha pintado como un fanático, pintando con la energía de un fanático, sacrificándolo todo, hasta la locura.

Llegamos a Alarcón, protegida por tres antiguas murallas, inexpugnables. Nos habían hablado de la historia del lugar, de los tremendos sitios que padeció. Al ver ahora el camino que hicimos para llegar a las pinturas, el pasaje bajo esos tres arcos amurallados que las protegen, cobran un misterioso sentido. Los murales de Mateo habitan lejos de ciudades y en su propio cosmos. Para llegar a ellos hace falta andar un camino que desde la salida se asemeja a un murmullo que viniéramos escuchando desde siempre, y que al llegar nos golpea hasta el estremecimiento.

Quedé absorto frente a la belleza de su obra.

Ernesto Sabato

Buenos Aires 2004